

Psicoanálisis, bordes y fronteras

Adriana Hercman – Escuela Freudiana de la Argentina

Uno de los términos propuestos para este Coloquio, traducido al castellano como bordes o fronteras, adquiere particular espesor cuando el virus que amenaza al mundo no respeta fronteras y el cierre y apertura de las mismas –sean las internacionales o la que marca el adentro-afuera de un aislamiento-, resultan índice de la tragedia de cada día.

Hoy toca medir la distancia que separa un cuerpo del otro y los efectos en el lazo son incalculables. Al respecto, Freud señalaba que de las tres fuentes de malestar en la cultura, el lazo al semejante es el que más peligro representa y mayor malestar consume. Habían pasado casi veinte años desde que revelara la lógica en cuestión: la fraternidad se origina en el crimen y el empeño que ponemos en ser todos hermanos es prueba evidente de que no lo somos.

Norberto Ferreyra retoma en su transmisión la definición que da Lacan del prójimo como inminencia intolerable de goce y de su decir se desprende que el lugar para albergar al otro de cada uno, puede no estar construido.

Encontramos de ello un ejemplo extremo en el modo del mal que Hannah Arendt – respecto de los crímenes perpetrados por regímenes totalitarios del Siglo XX – calificó de banal, en que se anula el lazo mínimo de identificación que, aún en las peores situaciones, sostiene el intercambio y la comunicación con los semejantes.

Aquellos que en otras circunstancias hubieran fantaseado o soñado con crímenes sin llegar jamás a perpetrarlos, en condiciones de tolerancia completa de la ley franquean ese límite y se atribuyen el derecho a decidir sobre la vida de otros a quienes han despojado de humanidad.

El mal de nuestro tiempo se diferencia del promovido por los totalitarismos del siglo pasado. El mal y la eliminación del otro se despliegan bajo la forma de hambre, desidia y exclusión. El mercado, el mundo financiero y las grandes corporaciones han desplazado la figura del amo clásico, y el mal se propaga lento, como amenaza muda y mucho más difícil de ubicar.

Cada modalidad discursiva segrega un malestar que le es singular. Hoy, la “vecinocracia” no se reduce al señor de la casa de al lado: urgidos por trazar políticas para combatir la pandemia, las grandes potencias del mundo se abocaron a la producción de vacunas, desconociendo, en su glotonería intestinal, la necesidad de

quienes carecen de recursos y esgrimiendo para ello principios embarazosamente nacionalistas de esos que socavan cualquier esfuerzo colectivo necesario para mitigar el nuevo flagelo.

Mal que se reproduce en las distintas ciudades, cuando parte de la sociedad promueve un negacionismo que -como derecho a la propiedad o como demanda de libertad que desconoce que en su alienación pide la libertad de la muerte- se rebela contra las medidas sanitarias sacrificando vidas y sirviendo voluntaria y ciegamente a las leyes del mercado y su funcionamiento.

El discurso que practicamos nos da herramientas para comprender estas conductas que promueven la eliminación del otro. Pero ¿en qué nuestra práctica representa una alternativa a esta lógica discursiva?

Tanto Freud como Lacan hablaron de barreras o fronteras y ubicaron la cuestión relativa al mal sea en la ruptura de la protección antiestímulo, en el franqueamiento de la frontera en el límite de *das Ding* o en el principio del placer como barrera al goce.

Lacan leyó la metapsicología freudiana con los términos de una topología que encuentra en el corazón del sujeto un núcleo de maldad fundamental, lugar éxtimo que conjuga lo íntimo con la radical exterioridad, campo del goce producido por el lenguaje pero que no puede ser atrapado por la palabra.-

El hablante no puede aproximarse a ese núcleo de sí mismo, extranjero e íntimo a la vez, sin que surja una maldad que lo hace retroceder, que vuelve contra sí mismo y que *viene a dar su peso, en el lugar mismo de la Ley desvanecida, a lo que impide franquear cierta frontera en el límite de la Cosa.*

Mientras que Sade- al postular la virtud del crimen y la búsqueda del mal- representa una tentativa teórica de franquear esa frontera, la neurosis lo franquea diariamente en los síntomas, los fallidos, los sueños. Cuando en un análisis se hace lugar al despliegue del fantasma, no tarda en aparecer la ética de Kant iluminado por Sade, de modo que al más honesto “*te amo*” le sigue un “*pero como amo en ti algo más que tú, te mutilo*”

Para el hablante no hay realidad que no sea de discurso que se funda en una renuncia al goce que llamamos castración que, de no existir, lo lleva a satisfacer su necesidad de agresión a expensas de su prójimo. Por eso, hasta el más rebelde busca un amo –cuya materialidad es la del significante- para asegurar los límites de su goce.

Si la tolerancia es la puesta en juego de la castración en el lazo social, cuando falta el límite y con él la distancia simbólica que inscribe la castración, se abre un escenario del “todo es posible” que habilita la intolerancia más cruel, constatable tanto en la clínica como en los fenómenos colectivos.

La marca del significante separa el goce del cuerpo y a partir de entonces, la realidad de fantasma excluirá ese resto éxtimo en que se sostiene. No se trata de una superficie originalmente completa que se divide sino que la grieta y la imposibilidad de

unificación están de entrada. Es precisamente en relación a ese límite que el hablante construye el lugar de su *lui-même* que le permitirá albergar al otro, que es él mismo, en su alteridad radical.

Si el discurso del inconsciente impide la realización del fantasma no conjugando sus términos (barrera del goce), el discurso actual los enlaza como modo de realización de goce. El neoliberalismo -versión extrema y descarnada del capitalismo- intenta borrar al sujeto en su existencia hablante, sexuada y mortal y explota su estofa dividida potenciando el miedo a esa diferencia íntima, esa familiaridad extraña, promoviendo fenómenos de odio con apoyo en el argumento fantasmático que ve en el otro un goce que le roba o una libertad que le corresponde.

Mientras el discurso imperante procura eliminar la pérdida eliminando a los perdedores, para el discurso del analista, el resto hace síntoma y es ineliminable. Resiste aunque se lo intente eliminar. Mientras otros discursos velan la confrontación con la falta, la experiencia del análisis se pliega en la torsión de ese instante en que se produce la confrontación con lo extraño en lo familiar, el encuentro con la cabeza de Medusa, la hendidura sin solución. Y respecto del miedo, tan presente en estos tiempos, sitúa la autenticidad de la angustia como lo que no engaña respecto a la verdad relativa a la falta.

En la segunda de las conferencias que Lacan dictó en Bruselas en tiempos del Seminario *La Ética del psicoanálisis*, decía que Freud no era progresista: ¿qué progreso podría señalarse en el paso de la esclavitud de los antiguos al capitalismo de nuestros días si, como entonces, la extracción del goce sustraído al semejante como plusvalía sigue representando un goce supuestamente legítimo? Tampoco era humanista, porque el sujeto del inconsciente, efímero y evanescente, no puede coincidir con una doctrina que aspire a fijar de manera universal algo del orden de una esencia humana.

Freud era humanitario, porque al inventar el psicoanálisis ofreció a la civilización una forma inédita de lazo social que posibilita que en el hablar emerja un decir.

La práctica del análisis pone en juego el hecho de que el goce que el semejante representa sólo puede ser elaborado si se le habla a un pequeño otro, porque en ese encuentro el analizante podrá anoticiarse del goce que ha rechazado para constituirse y -por el amor de transferencia-, tendrá la posibilidad de elaborarlo y ponerlo al servicio del deseo.

No hay progreso ni solución. No hay cura para la división subjetiva. No se trata en el análisis de arribar a algún franqueamiento a modo de superación hegeliana sino de un paso o torsión respecto del límite como exclusión interna que posibilite que de los dichos se produzca un decir permitiendo al analizante inscribir la imposibilidad como único tratamiento posible de la impotencia, inaugurar una disponibilidad que le permita albergar al otro y atemperar el odio en el lazo sin sortear los impasses de la castración.

La política del psicoanálisis es vía regia para la ex-sistencia del sujeto en relación con los otros. La escuela misma -como dispositivo de transmisión del discurso que practicamos- cuenta con el pase como opción, para quien lo decida, de constatar y transmitir los efectos de ese paso en una experiencia donde se trata de hacer lugar a otros y no de silenciarlos para hacerse escuchar.-

Extranjero de sí mismo, por el análisis el sujeto podrá albergar al otro no sólo por alojar la diferencia que hay entre uno y otro sino por lo que tienen en común, la falta en ser que los habita, el exilio primero de la existencia.-
